

CAPÍTULO UNO

Después de haberme escapado del colegio, nadie sabía qué hacer conmigo. Sentado en el salón de mi prima en Londres, escuchaba a mis parientes que discutían sobre la cuestión. No sabía qué iba a ser de mí.

La semana anterior, en lugar de tomar el tren de Derbyshire, donde me esperaba el colegio, me había subido a un autobús en sentido opuesto.

Sentado en el piso de arriba del autobús, me sentía ligero, como si estuviera hueco y vacío. También sentía que algo me roía por dentro, como un mareo en alta mar.

Miré por la ventana las multitudes y el tráfico, pero sin verlos realmente. Sólo una mitad de mí parecía estar conmigo en lo alto del autobús.

Cuando el conductor anunció «Waterloo», bajé corriendo los peldaños y me quedé un momento en la calzada. Un caballo de tiro estaba derramando un chorro de agua dorada. Vi cómo burbujeaba y silbaba al perderse en la alcantarilla. Luego empecé a subir los peldaños de piedra entre las estatuas rollizas.

Los trenes de la estación estaban alineados como grandes gusanos. Vi el de Salisbury. Pensé: iré allí. Había estado una vez con mi madre, habíamos ido a conocer la catedral. Ahora estaba muerta. Corrí a comprar un billete.

Como era bajo para mi edad, me quité el sombrero, me alboroté el pelo y pedí un billete de tarifa redu-

cida. Las gafas del taquillero brillaron y su boca me soltó un «¿Qué edad tienes?». Mentí con gran convencimiento y, al final, deslizó el pequeño billete verde por la estrecha ventanilla.

Pasé la barrera y subí al andén. Era un tren de compartimentos y en cuanto partió fui a encerrarme al lavabo. Sabía que aún era pronto para que me estuvieran buscando, pero me sentía más seguro allí.

Pensé en mi hermano Paul, que debía de esperarme en la estación de San Pancracio y que a la postre se iría sin mí.

Habíamos llegado a Londres por la mañana, desde la casa de nuestro abuelo en Sussex. Siempre pasábamos las vacaciones allí. Como queríamos hacer cosas distintas en la ciudad, nos separamos, tras acordar que nos encontraríamos en la estación por la tarde.

Mi hermano tenía dieciocho años, dos más que yo. Me pregunté qué pensaría si supiera que me hallaba en un tren que iba en la otra dirección.

De pronto me sentí enormemente contento. Me miré la cara en el espejo. Estaba tan nervioso y feliz que pensé que debía de parecer un loco. Me puse el sombrero de varias maneras, sin encontrar la forma de ocultar mi identidad. Pensé en disfrazarme de mujer si encontraba la ropa adecuada. Invertí el pliegue del ala del sombrero para que pareciera una gorra de amazona. Estaba tan nervioso que tenía la cara roja y cubierta de sudor.

Me senté en la tapa del inodoro y conté mi dinero. Tenía unas cinco libras, que eran para mis gastos y para pagar el alojamiento en el internado. Me sentía rico, pero sabía que no iba a durar mucho.

El traqueteo del vagón me desordenó las ideas. Saltaban sobre los raíles y me noté la cabeza caliente, como un hervidero, cortada del resto de mi cuerpo.

El tren llegó a Salisbury al atardecer. La luz de septiembre se fundía, estaba apelmazada, hacía que todas las cosas se vieran un poco borrosas.

Me encaminé a la catedral y me paré un rato a contemplarla. Cuando la vimos juntos, mi madre llevaba unas flores de paño cosidas al abrigo de tweed y ahora esas flores se mezclaban en mi cabeza con las columnas de mármol negro y los arcos.

Quise entrar, pero como encontré las puertas cerradas eché a andar por un sendero estrecho, bajo los árboles pardos, y pensé en Repton: las llamadas a voces, los gritos, los pies moviéndose sobre los tablones restregados de los corredores. Los tablones estaban tan desgastados que los cubría una especie de sarro blando y opaco, parecido al ante. Las mantas rojas de los dormitorios comunes y los orinales blancos que brillaban debajo de las camas. Cada mañana, al despertar y recordar dónde me encontraba, sentía que se me perdía algo y esa pérdida me dejaba sin fuerzas.

Un torrente de alegría me atravesó al pensar que me había librado de todo eso. Me senté bajo un árbol y miré la aguja de la catedral. El sol se había puesto y el aire se enfriaba. Pensé en la gente que se envolvía con periódicos y dormía en los bancos. Me eché en un banco para comprobar qué se sentía, pero me incorporé enseguida al ver que pasaban unas personas. Sabía que no podía quedarme ahí.

Cuando estuve con mi madre, nos alojamos en el

George. Me levanté para ir en busca del hotel. Me preguntaba si me atrevería a entrar en caso de encontrarlo.

Me quedé en la calle un buen rato contemplando las ventanas con cortinas. Deseé que mi madre estuviera conmigo de nuevo para que pudiéramos entrar juntos.

Al fin, abrí la puerta y me dirigí al pequeño despacho iluminado. Había ahí dentro una mujer silenciosa, de pelo castaño y suave. Rápidamente, pedí una habitación para una sola noche. Se me estaban subiendo los colores a las mejillas y vi que sus ojos empezaban a mirarme con curiosidad.

—¿Lleva equipaje, señor? —preguntó.

—No, todavía no ha llegado —me apresuré a mentir.

—Entonces, quizá desee pagar ahora mismo. Habitación y desayuno, doce chelines con seis peniques, y la cena de esta noche, cinco chelines.

Saqué mi cartera nueva. Estaba caliente y olía mucho a cuero. Le di un billete de una libra y me acompañó a mi habitación en el primer piso.

El papel pintado de las paredes tenía un diseño de ramitas y florecillas y los muebles eran de imitación de madera labrada con un diseño de pliegues. Cuando se fue, como no se oía absolutamente nada, abrí el grifo del lavamanos para hacer algo de ruido. Me peiné con los dedos y me lavé la cara. Todavía la tenía muy roja y caliente.

La emoción y el miedo me habían quitado el apetito, pero bajé a cenar cuando oí el gong y me senté en una mesa pequeña junto a la puerta.

Había varios matrimonios que compartían mesa

y un grupo más grande que me pareció de Estados Unidos. Me tomé la sopa espesa, di cuenta del pescado blanco y la carne asada, y en cuanto terminé me fui al salón del hotel y me senté en el profundo rincón de un sofá.

Intenté echar un vistazo a un *Country Life** y el camarero me sirvió un café. Mientras me lo tomaba a sorbitos, me pregunté qué haría cuando se me terminara el dinero. Noté que una anciana me miraba. Cuando levanté la vista, sonrió y me dijo:

—¿No le parece que Salisbury es una ciudad encantadora? ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

Me quedé perplejo, pero aun así acerté a decir:

—Creo que tendré que irme mañana.

—¿De modo que está usted solo? —preguntó con aparente interés.

—Sí, pero mi madre vendrá a recogerme y luego continuaremos el viaje hasta Devonshire.

De pronto era capaz de mentir con toda naturalidad. Las mentiras se formaban casi a medida que hablaba.

La anciana seguía sonriéndome con suma dulzura y por un momento creí que iba a contarle lo que me había pasado, pero de inmediato supe que no debía hacerlo y, después de estudiar un rato el viejo salón, me levanté y le di las buenas noches.

Subí las escaleras oscuras y encendí la lámpara de

* Revista ilustrada londinense. Fundada en 1897, sus páginas glosaban la arquitectura, la decoración y los jardines de la aristocracia rural inglesa. (En adelante, todas las notas son del traductor.)

mi habitación; la pantalla rosa era cálida y deprimente. Al desnudarme, me pregunté qué me iba a poner para dormir. La camisa parecía la única opción, pero no sabía cuándo podría conseguir otra limpia. Recordé que mi niñera me había dicho una vez que me lavara los dientes con jabón si no tenía nada más. Lo probé ahora y lo escupí enseguida para quitarme el odioso sabor de la boca.

Después me metí en la cama blanca e intenté dormir. Fue una noche espantosa. No paraba de despertarme, de modo que mis sueños se entremezclaron con el papel pintado de las paredes y la virgen María aparecía y desaparecía vestida de los pies a la cabeza como un paquete de Azul de Reckitt.*

Me sentí feliz cuando amaneció el día, aunque el despertar viniera acompañado del recuerdo súbito de lo que había hecho. Me vestí con rapidez y bajé a desayunar. Comí con una alegría casi perfecta y luego me puse a considerar la cuestión de las propinas. Cuando por fin me decidí, salí apresuradamente del hotel en dirección a la catedral.

El interior era ligero y amplísimo, sonaba el órgano, las gentes paseaban por dentro. Toqué las columnas de mármol negro y miré los pedacitos rotos de las vidrieras enmarcadas en los ventanales.

La Capilla de la Virgen estaba a oscuras y brillaba; los azulejos marrones y amarillos de estilo victoriano relucían como el suelo mojado de un lavabo. Me senté

* Un detergente blanqueador. Se presentaba en bolsas de rayas blanquiazules.